

Delegación Diocesana de Pastoral Familiar
Arzobispado de Barcelona

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

PRESENTACIÓN

El presente folleto está destinado principalmente a los agentes de pastoral prematrimonial, a aquellas personas que se dedican a la acogida de los novios que piden casarse en la Iglesia.

En las sesiones de los cursillos prematrimoniales se comprueba fácilmente la poca o nula formación religiosa de los jóvenes de hoy; la ignorancia que tienen sobre el sacramento del matrimonio. Excepto honrosas excepciones, una mayoría desconoce, incluso, lo que es y significa ser cristiano.

Difícilmente, con las pocas sesiones de preparación para recibir el sacramento, se puede conseguir hacer una propuesta integral de la vida cristiana. Lo que se consigue, es la mayoría de los casos, y no es poco, es hacer renacer la semilla de la fe que recibieron de pequeños; reencontrar una Iglesia que les acoge y les quiere acompañar en un momento tan trascendental de su vida, como es el de comprometerse a amar a otra persona, en un amor para siempre.

A raíz de los contactos pastorales de la Delegación de Pastoral Familiar con los agentes de pastoral prematrimonial y matrimonial de las Parroquias, han preguntado dónde pueden encontrar una publicación actualizada sobre el sacramento del matrimonio. En los cursillos, los agentes seculares, a menudo dejan que sea el párroco quien lleve la voz cantante cuando se habla del sentido y valor de sacramento conyugal, por miedo a no

ofrecer con claridad el sentido y el contenido del Sacramento conyugal.

El presente escrito no va dirigido directamente a los novios sino a todos aquellos agentes de la pastoral prematrimonial, a fin que puedan encontrar cuál es el sentido, el valor y el contenido del sacramento del matrimonio. Su finalidad es presentar los aspectos más doctrinales, los que dan razón a celebrar la unión conyugal en la Iglesia, conocer los valores y significados del signo sacramental a través del cual los novios establecerán una comunidad de vida y de amor.

Mn. Manuel Claret i Nonell
Delegado Diocesano de Pastoral Familiar.
Arzobispado de Barcelona

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

Un hecho que preocupa a los que se dedican a la pastoral prematrimonial es comprobar que quienes piden recibir el sacramento del matrimonio tienen un gran desconocimiento de los contenidos de la fe, y de la praxis de la vida cristiana.

Son muchas las causas que pueden explicar este hecho. Algunas son externas a la fe: la mentalidad materialista, el utilitarismo, el laicismo y el secularismo, el desprestigio del mundo de las ideas, la crisis postmoderna; otras pueden estar directa o indirectamente relacionadas con la fe: el abandono de la vivencia de la fe por falta de credibilidad en la instrucción eclesial o la experiencia de un mal ejemplo, no formar parte de ninguna comunidad cristiana que acompaña y ofrece una formación de fe adecuada o continuada a lo largo de la vida, etc. La Iglesia hoy debe hacer un esfuerzo de evangelización, de anunciar a Jesucristo, su Palabra, y de presencia en el mundo, para ser fiel a la misión que el Señor le ha encomendado.

Este escrito tiene por finalidad recordar los aspectos más importantes sobre qué es el sacramento del matrimonio. Cuáles son los aspectos sobre los que se ha de centrar el diálogo prematrimonial, con la finalidad de ayudar a entender qué es el sacramento del matrimonio,

fuerza y riqueza de la espiritualidad y de la vida conyugal.

La vocación al amor

Hoy don muchos los que unen sus vidas sólo con una ceremonia civil. No se consideran creyentes y por tanto no quieren hacer un rito que para ellos está vacío de contenido, o bien que evocan símbolos religiosos o trascendentes alejados de su realidad actual. Hay quien rechaza incluso la misma celebración civil por creer que es una decisión que pertenece al ámbito privado y que tampoco pertenece a la sociedad ningún tipo de control. Hay, en el fondo, un rechazo del compromiso social, una protesta contra su institucionalización, aunque no del hecho de compartir la vida en pareja.

Sin embargo, vivir una relación de pareja estable, compartir la vida con otra persona, es una vocación inserida en el corazón de todos los hombres y mujeres. Los jóvenes así lo reconocen actualmente cuando dicen que viven o quieren “vivir en pareja”. Es este un modo de manifestar el deseo de vivir el ideal de la vocación en el amor. Para los cristianos esta vocación se concreta en querer establecer una comunidad de vida y de amor heterosexual que signifique y evoque aquél Amor de Dios, manifestado en Jesucristo para siempre.

El amor es el mayor de los valores inherentes y propios de la persona. El amor lleva a la comunicación y a la progresiva unión y comunión de personas. El amor posibilita y motiva acciones de gran generosidad y de donación de unos ante otros. El amor ofrece lo mejor que uno tiene a favor del bien de la persona amada. El amor

nos acerca y nos hace semejantes a Dios porque Dios es amor. Sólo amamos a los hombres no en el mundo animal.

El matrimonio es una realidad natural una vocación a vivir en complementariedad, que tiene su razón en la diferenciación biológica de ser hombres y mujeres, *“Dios creó al hombre y a la mujer, hombre y mujer los creó”*, y se inicia cuando hombre y mujer deciden vivir en la unidad para ser el uno para el otro, a partir de *“dejar padre y madre para unirse a la esposa y ser una sola carne”*.

Esta unión enriquece a los esposos, les hace crecer, les ayuda a desarrollar sus facultades. Toda la persona crece a medida que es capaz de dar y recibir, y de reconocerse como un ser limitado que, sólo con la ayuda del otro, en el dar y recibir, puede encontrar la respuesta adecuada.

La grandeza del amor

La institución matrimonial, a lo largo de la historia, ha expresado y concretado valores, actitudes y situaciones propias de las diversas épocas. Los movimientos contestatarios y las ideologías que intentan cambiar estructuras matrimoniales y familiares no son un fenómeno exclusivo del momento actual e incluso han ayudado en ciertas épocas, a profundizar, purificar y descubrir nuevos aspectos del sentido y el valor de las relaciones humanas, a tener mayor conciencia de la dignidad, la grandeza, la libertad de la persona humana y del mismo matrimonio, que en un principio parecían discutibles e incluso peligrosos.

Dentro del pluralismo de opiniones también la Iglesia ha ayudado, en el proceso del pasado y del presente, a

configurar el sentido de la naturaleza y de los valores que configuran el matrimonio. Ella, desde su sabiduría y experiencia, en el deseo de servir a la persona, a partir de la Palabra de Dios y de la reflexión sobre cuál es el bien del hombre, defiende y propone la importancia y el valor del matrimonio, su grandeza y dignidad; propone que el matrimonio es una realidad humana y sagrada, que se fundamenta y encuentra su razón de ser en el amor, y que es portador de un gran y profundo simbolismo: evoca, simboliza y comunica el mismo amor de Dios. El matrimonio es un sacramento.

El relato bíblico de la creación presenta al hombre creado por la pura libertad de Dios: *“Haremos al hombre a imagen nuestra, parecido a nosotros... Dios lo creó al hombre y a la mujer”* (Gn. 1,26-27). Hombre y mujer llevan, pues, la huella de ser imagen de Dios. Así pues, Dios es amor, y el hombre, hecho a imagen de su creador, está llamado al amor, a vivirlo como una vocación propia, aquella que confirma y da sentido a su vida. El amor es comunión, intercomunicación. No se queda en el interior del hombre como un sentimiento escondido, íntimo y silencioso, sino que se manifiesta a través de toda la persona en el hablar, en la mirada, en los gestos, en la acogida y en el trato con el otro.

El Concilio Vaticano II presenta el matrimonio como una comunidad de vida y de amor. Al proponer qué es el matrimonio, lo define desde el amor. No podía ser de otro modo. Dios es amor; en la vocación al amor está en juego la misma felicidad y destino del hombre. El papa Juan Pablo II lo confirma en la Exhortación *“Familiaris consortio”*: *“Creando la humanidad de la mujer y del hombre*

a imagen suya y conservándola continuamente en el ser, Dios describe la vocación y por tanto la capacidad y la responsabilidad correspondientes al amor y la comunión. El amor es la vocación fundamental e innata de todo el ser humano" (FC. N.11).

Las metas del amor

El amor es, ante todo, una actitud interior. El amor se manifiesta y se concreta, a través de los gestos y palabras, en querer el bien de la persona amada. Pero hay muchas clases de amor. Amamos y queremos el bien y la felicidad de los padres, de los hermanos y de los amigos. Queremos el bien de quienes sufren, de las personas que nos han ayudado a madurar, a progresar en la vida, de quienes con su ejemplo y dedicación nos han dejado su huella en el camino de nuestra maduración. Queremos el bien y amamos a personas que están solas, desamparadas.

El amor lo manifestamos desde diversas acciones y deseos: en acariciar a los niños, en ayudar a los jóvenes para que descubran los valores que les han de dirigir, en acoger a los inmigrantes que se encuentran solos y sin familia, en convivir con grupos para conseguir una meta deportiva, humana, cultural, en encontrarnos y reunirnos con todos aquellos con quien sentimos una especial sintonía, y a partir del evangelio, amar a los enemigos, a los que nos quieren mal, a los que pasan de largo de nosotros y de nuestras necesidades.

Pero hay un amor especial: aquél que quiere llegar a la sintonía de la vida y comunión total, el que asume y supera todo tipo de barreras, de orden biológico,

psicológico, afectivo y espiritual, el que quiere llegar a formar una auténtica comunidad de personas, una comunidad conyugal de vida para siempre.

Todo amor refleja, evoca y remite a Dios. El amor auténtico siempre será un signo del de Dios, que nos hace descubrir su misericordia, su bondad y su amor. No siempre, en sus realidades concretas, el matrimonio ha llegado a ser una verdadera comunión total de vida y de amor. Cuando no es así, no es de extrañar que surjan tensiones, enemistades, malos tratos. Desgraciadamente sabemos de violencias de género de difícil solución, que buscan la posesión, la sumisión y la sujeción del otro, y que llegan a negar la dignidad y el respeto que merece toda persona. Las causas pueden ser muchas, pero principalmente hay que descartar dos de ellas: un amor poco profundo, superficial, puramente sentimental, y la falta de un auténtico diálogo que impide hacerse cargo del otro, de sus necesidades y de sus intereses, de su bien y su felicidad.

Especificidad del matrimonio

Es específico del matrimonio cristiano ser una comunión total de vida. Esta comunión tiene dos dimensiones fundamentales. La primera en sentido profundo de su unidad, que pide ayudarse mutuamente para llegar a la plenitud de la vocación, llegar a ser una unidad de vida, como hijos de Dios. Por tanto el matrimonio es el lugar de la espiritualidad creadora, de la vivencia del amor gratuito y de la paternidad de Dios. Los esposos son, el uno para el otro, signo de la presencia del amor divino. Dios les ama y se manifiesta a través de

la persona amada. Dios no es lejano, sino que les acompaña en todos los momentos de su vida.

En segundo lugar, su amor les hace colaboradores del amor creador y paternal de Dios. Llegan a ser padres mediante la donación de su cuerpo, con el que expresan el amor incondicional y total del uno por el otro: *“Como que el hombre es un espíritu encarnado, un alma que se expresa en un cuerpo animado por un espíritu inmortal, es llamado al amor en su totalidad unificada. El amor incluye también el cuerpo humano y el cuerpo se hace partícipe del amor espiritual”* (FC.11).

Sin embargo para los cristianos el matrimonio es un sacramento, es decir realidad donde se expresa y significa cómo Dios nos ama en Jesucristo. Hoy en día son muchos los que aún dicen que quieren casarse por la Iglesia. Asimismo, no es suficiente decir que quieren recibir el sacramento, porque es un signo de fe, signo de la acción salvadora de Jesucristo. Deben profundizar en lo que es fundamental: la fe en Jesucristo, para que podamos hablar de sacramento.

El vacío interior y la obertura a la fe

Hay quien quiere casarse por la Iglesia porque le parece que es más seguro, quien lo hace por tradición porque le recuerda hechos familiares entrañables vinculados especialmente a una iglesia, a un lugar religioso en concreto; loa hay que lo hacen porque es más bonito, porque consideran que no es una ceremonita tan fría como la que se hace en un juzgado; los hay que lo hacen, finalmente, por una auténtica actitud de fe. Los motivos pueden ser muy variados. Ciertamente hay que recordar

la palabra del evangelio: *No apaguéis el pábilo que aún humea*". Solo Dios sabe que la fe de las personas, aunque pertenezca a los responsables pastorales ofrecer una palabra, una catequesis que ayude a entender y profundizar el significado del sacramento del matrimonio. Muchos desconocen su sentido, su riqueza, no solo humana sino también religiosa.

La sociedad está cada vez más secularizada, desacralizada. Ha reducido la dimensión religiosa al ámbito intimista, subjetivo, individual; no se reconoce en los valores trascendentes y su repercusión en la vida. Hoy todo está centrado en el entorno del hombre, de sus ansias y necesidades. El hombre postmoderno vive un gran desencanto, desconfía del entorno, de las ideologías y sobre todo de las instituciones que de un modo u otro encarnan valores espirituales. Está escandalizado a causa del silencio de Dios, que parece que no quiere responder a sus peticiones o que está situado en una trascendencia inalcanzable, al margen de los grandes problemas sociales y del problema del mal, y por estar obsesionado por la búsqueda del placer, por el ansia de felicidad, por poder utilizar los medios más eficaces que le permitan conseguir de forma inmediata sus deseos. El hombre sufre también problemas que afectan a la convivencia: drogadicciones, violencia, hambre, soledad, superpoblación, etc. El hombre se cuestiona para qué sirve la fe. La cultura actual lo inclina hacia el agnosticismo, al relativismo, al ateísmo. Pero es verdad también que el hombre experimenta un vacío interior, que puede ser el punto de partida de la fe y el encuentro con Dios y de la respuesta que da sentido a la vida.

La fe en Jesucristo

El momento en que una pareja decide casarse por la Iglesia puede ser un instante privilegiado para poder iniciar un diálogo de fe. Para unos será para profundizar el sentido y valor del matrimonio, para otros, la reflexión del por qué se alejaron de la fe en Jesucristo y de la Iglesia. Es verdad que no se debe juzgar la fe de nadie, y el derecho a casarse en la Iglesia, menos en el caso se niegue explícitamente la fe, como dice la "*Familiaris consortio*" (n.68).

Para casarse en la Iglesia hay que creer en Jesucristo, que es mucho más que aceptar los valores cristianos. La fe en Jesús conlleva aceptar la totalidad de su persona, que es el Dios con nosotros. Que Dios en Jesús, nos ha revelado el modelo del hombre nuevo, es decir, de aquél que ha de vivir según el amor, la paz, la justicia, la fraternidad, la solidaridad con los pobres y con los necesitados. Que en la cruz nos ha manifestado la plenitud del amor en la donación total de su vida y una oferta radical de perdón y de reconciliación con el Padre. Que ha muerto y resucitado para darnos la Vida de Dios para siempre y que nos invita a vivir en Él la plenitud de la existencia sin fin.

El diálogo prematrimonial es un momento de presentar el mensaje y la figura de Jesús, su Palabra y su Vida; de cómo ilumina la vocación del hombre a vivir el amor. Es un momento de presentar una Iglesia que les acompañe en el camino de la vida y que les quiere preparar para celebrar de manera consciente y fructífera el sacramento del matrimonio. Nadie tiene que extrañarse que en este proceso y diálogo puedan aparecer

críticas a la Iglesia, a sus estructuras y a sus representantes. La imagen de la Iglesia no es halagadora desde los medios de comunicación y no goza de una buena imagen; integrada por hombres tampoco se pueden esconder o negar sus defectos. Las personas tienen sus defectos y no todo el mundo tiene la suficiente preparación para distinguir la fe, de sus meditaciones.

El sacramento del matrimonio

Los cristianos decimos que el matrimonio es un sacramento. La vida humana está llena de acciones y de gestos simbólicos que evocan realidades humanas y espirituales. La palabra evoca sentimientos, los gestos manifiestan actitudes, respuestas. Una mirada, un gesto, la forma de ser o de comportarse, es un medio desde el que nos comunicamos, nos expresamos y hacemos que nos comprendan. La convivencia de dos personas que establecen una comunidad de vida y amor, se expresa a través de gestos y palabras, a través de los cuales manifiestan una realidad interior: quieren vivir un compromiso definitivo con el otro y a favor del otro.

La vida nos ofrece muchas oportunidades, muchos modelos a imitar, identificarnos en diversas maneras de ser, de pensar e, incluso, de vestir. Lo hacemos con aquellos modelos con los que nos sentimos más próximos porque nos han hecho descubrir nuevas dimensiones y posibilidades en nuestra vida. A nivel conyugal el amor de ambos, tiene un lugar de referencia, Jesús, porque es quien ha vivido el amor de forma plena. Él sabe qué es amar, como se ha de amar. Él ha amado desde la experiencia del amor que ha recibido del Padre. Pero aquí surge la novedad: el amor de Jesús a la humanidad

se simboliza en el mismo amor conyugal. El amor que se da sin condiciones hasta su fin. El amor de la pareja cristiana es símbolo y manifestación de cómo Jesús sigue amando a los suyos, al mundo, a la Iglesia, a todos.

Pero hay un hecho sorprendente, los hombres y las mujeres son el vehículo de la manifestación del amor de Dios. La carta a los Efesios (c.5) habla de un modo maravilloso y preciso de este amor de Jesús, manifestado a través de los esposos. Cristo purifica la humildad, acoge a la Iglesia en un supremo acto de búsqueda de unidad con ella, y en la cita del libro del Génesis: *“serán los dos una sola carne, quiero decir de Cristo y de la Iglesia”*, ponen de manifiesto el deseo de la unidad total con aquellos que Dios ama, es decir a los hombres y cómo los hombres y las mujeres se han de amar en este amor de Jesús, no accidental u ocasionalmente, sino para siempre.

La Iglesia, fundamentándose en el texto citado de la carta a los efesios, afirma que el matrimonio es un sacramento, un lugar donde se hace presente el amor de Cristo, significado y vivido a través de los gestos, de las manifestaciones de la convivencia amorosa, de quienes, ante el altar, se han prometido un amor fiel para siempre.

El misterio del amor de los esposos viene complementado con otro misterio: el del servicio a la vida. En otras palabras, participa, por voluntad divina, seguir la obra de la creación: *“creced y multiplicaos y llenad la tierra”*. El amor humano es tan rico y profundo que lleva en su seno la capacidad de procrear. El amor total y pleno, manifestado en todas sus potencialidades, les enriquece como personas, les hace crecer, y enriquece

también el mundo, expandiendo la obra suprema de la creación de Dios: el hombre.

La riqueza del sacramento

El sacramento del matrimonio santifica a los esposos. Toda la vida cristiana hace referencia a Cristo, a vivir, pensar, amar como Él. Pero los casados, por el sacramento del matrimonio, tienen como una consagración especial (GS. 48) que hace que este camino hacia Él lo hagan conjuntamente. Su amor ah de ser digno del amor de Jesús, cuando lo manifiestan como casados, y garantiza su compromiso de modo irrevocable. Este amor, manifestado en las grandes y pequeñas realidades de la vida de cada día, vivido según Jesús, les hace descubrir la fuente de su felicidad, les conforta, les anima y les ayuda a superar las normales, las pequeñas o grandes dificultades que aparecen en momentos concretos de su vida. El amor de Dios se une a su amor humano y los santifica, es decir, les confirma en la riqueza del amor salvador de Dios. El mutuo amor es signo y causa de la salvación, del amor de Dios hacia toda la humanidad.

La vida conyugal, como toda otra experiencia humana, tiene luces y sombras. El vínculo conyugal les ayuda a ser una sola realidad, en la no siempre fácil convivencia. Cuando experimentan las propias limitaciones encuentran en la mutua ayuda el soporte que les conforma y comunica solidez y unidad. Los juicios sobre las realidades de la vida de cada día no siempre coinciden; pueden surgir diferencias profundas en el modo de pensar y de actuar, pero en el diálogo encuentran el camino de la concordia. Los valores que el

mundo les propone no si siempre coinciden con los de una vida cristiana, pero la presencia de Jesucristo, a través del sacramento, les ayuda a dar la respuesta adecuada, y a su vocación a vivir en la unidad de espíritu y a dar testimonio.

Sacramento de los signos

El hogar es el lugar fundamental donde se desarrolla la vida de los esposos, de la familia. Jesús en Canaán, en el hogar de unos jóvenes esposos, realizó el primero de sus signos (cf. Jn. 2). Convirtió el agua en vino, y así manifestó su amor, su casamiento con toda la humanidad. Con motivo de este signo los apóstoles creyeron en Él.

El amor de los esposos se concreta y manifiesta a través de signos, de gestos y de palabras. Lo son decir “te quiero”, y el conjunto de detalles de la vida de cada día: la atención mutua, el compartir las alegrías y las penas, estar atentos a las mutuas necesidades, las manifestaciones de afectividad, de ternura propias de la vida conyugal que demuestran la mutua aceptación y donación, el trabajo diario con el que obtener los medios necesarios de la vida de cada día, la construcción de un hogar acogedor, el diálogo que ayuda a reencontrarse para conseguir los ideales conyugales, la oración con la que se acercan a Dios que les ama y les reconforma en las dificultades y que aumenta en su amor, etc. La vida conyugal es un ejercicio y manifestación constante de signos, a través de los cuales los esposos explicitan y manifiestan cómo se aman, cómo es firme y rico su amor. A través de todos los signos se concreta y se

actualiza el sacramento del matrimonio. Se aman cada día más.

El matrimonio signo y manifestación de la Alianza

El hombre es un ser relacional que tiende a establecer vínculos según sus intereses o necesidades, según la intencionalidad que quiere conseguir.

El matrimonio entre cristianos tiene una característica única: es signo del vínculo amoroso y libre de Jesús, esposo de la humanidad, que establece con aquellos a quienes ama. La imagen del matrimonio como expresión del Dios esposo de la humanidad, del pueblo de Israel, se encuentra ya en el Antiguo Testamento, porque entre Dios y el pueblo hay una cuestión de amor: Dios ama. Dios no puede no amar lo que ha creado, y mucho menos aún al hombre hecho a su imagen y semejanza. El amor de Dios tiene unas características que iluminan el amor humano: es libre, fiel, definitivo, generoso, para siempre. Dios establece una *alianza*, es decir, un pacto a favor de la humanidad, que tiene en Jesús su plenitud.

Durante mucho tiempo se definía en matrimonio a partir del concepto jurídico de contacto. A partir del Concilio Vaticano II se prefiere el concepto de alianza porque es más rico, manifiesta mejor la profundidad de la relación interpersonal, porque hace referencia más directa a Dios que se compromete con un amor salvador, libre, definitivo, para siempre.

Jesús ha establecido con la humanidad una nueva alianza para siempre. *“Ésta es la sangre de la nueva alianza”*. Él ha compartido nuestra vida. Ha sufrido, ha muerto, ha resucitado, nos ha comunicado la Vida Nueva

que mana del sepulcro. Ha reafirmado y universalizado la alianza de amor entre Dios y su pueblo. Esta alianza ha sido sellada por la Pascua de Cristo y tiene en la Eucaristía el signo supremo de querer ser una comunión de vida, de una *“sola carne”* con aquellos que se acercan a su mesa.

El sacramento del matrimonio hace participar a los esposos del misterio del amor de Dios a favor de la humanidad. El matrimonio cristiano es símbolo del amor de Cristo por la Iglesia, *es figura de la alianza de amor de Dios con la humanidad*. Esta alianza manifiesta la continuidad, la constancia, la fidelidad de Dios, a favor de quienes ama; del mismo modo el matrimonio cristiano debe vivirse con las mismas actitudes: constancia, continuidad, gratuidad y felicidad. Estas son las cualidades, la riqueza, no obligaciones impuestas para limitar la libertad y el amor, sino que las desarrollan y llevan a su plenitud.

El matrimonio, signo y sacramento de la Iglesia

Todo sacramento es una acción de la Iglesia, mediadora de la salvación de Jesucristo. Los esposos son los ministros inmediatos del sacramento porque se dan en reciprocidad, se ofrecen mutua e incondicionalmente en la plena confianza de aceptarse mutuamente. Su condición de bautizados les posibilita poder significar un amor que remite al de Cristo hacia la Iglesia. Su responsabilidad humana y trascendental a la vez, hace que su amor humano sea a la vez salvador. Sin embargo, en la acción y por la cual se dan mutuamente, la Iglesia ejerce también un ministerio.

El ministro no es un mero elemento jurídico de la celebración. Garantiza que aquella acción tenga una dimensión eclesial; remite a los esposos a la comunidad de la que forman parte y ante la que se comprometen a ser signo del amor con el que Dios les ama. El ministro representa también a la Iglesia, no solo en la dimensión institucional, sino en cuanto a que preside y convoca a los fieles a las celebraciones sacramentales.

Sacramento del cuerpo

Durante mucho tiempo ha dominado una concepción antropológica que consideraba las relaciones conyugales desde una perspectiva más bien negativa, a menos que la intencionalidad e los esposos fuera procreadora. Se recomendaba a los esposos la práctica de la virtud de la castidad entendida como la renuncia de las relaciones sponsales, como medio de purificación del amor y como expresión de la vocación en la castidad y en la espiritualidad conyugal. El amor poco tenía que ver con las relaciones afectivas y sexuales.

El concilio Vaticano II manifiesta claramente la importancia que tiene el cuerpo como elemento de expresión del amor y de la relación sponsal. La catequesis de Juan Pablo II sobre la pareja humana "*Hombre y mujer Dios los creó*" preparatoria del Sínodo del a Familia del año 1980, es una apología de la importancia del cuerpo, de superación definitiva, por parte del Magisterio de un cierto dualismo antropológico.

La vida conyugal se expresa a través del cuerpo, a través de él el hombre y la mujer se comunican. Hay que entender el cuerpo no la manera unidimensional, sino en

su totalidad y en todas sus dimensiones. Hay que entender el cuerpo como el lugar de la persona. A través del cuerpo, del cuerpo desnudo, como dice y lo entiende Juan Pablo II, existe la responsabilidad de darse como un don, como una ofrenda, y así darse, enriquecerse, crecer, ser fecundos, expresión del don, que los esposos son uno para el otro a través del cuerpo. El cuerpo, en sus manifestaciones esponsales, no es un peligro para su salvación. Es el lugar de la persona, de los esposos, a través del cual se manifiestan, progresan, crecen hacia la unidad total.

Matrimonio y Eucaristía

La celebración del sacramento del matrimonio normalmente tiene lugar en el interior de la celebración de la eucaristía. La comunidad reunida alrededor de la mesa eucarística celebra el memorial del amor de Dios a la humanidad. En Jesús, Dios ofrece su don en su totalidad, don de amor y de vida y, a la vez, como oferta de salvación. El suyo es un amor que salva porque libera del egoísmo, de la mentira, de la soledad, porque es un amor total, de comunión definitiva, para siempre. En el día de la boda, los novios delante del altar, como miembros del pueblo de Dios, ante los creyentes allí congregados, manifiestan y testifican que su amor es de donación total e irrevocable. Que el amor será el don que se ofrecerá toda su vida, en reciprocidad, un amor que les hará crecer, que evoque el de Jesús, que a través de sus grandes y pequeñas realidades de cada día, se los manifestará y les amará.

La Eucaristía es, por este motivo, el sacramento que ayuda a los esposos a profundizar en su amor porque es

signo y participa del amor de Dios. Participar de la eucaristía, como casados, les ayudará a mantenerse y a crecer en Aquél que es la fuente de todo amor, a ser fieles al compromiso de ser testigos del amor de Jesús también delante de toda la comunidad.

La Eucaristía y el matrimonio, son de manera especial, los sacramentos del amor de Dios presente y activo en la vida de los creyentes. La eucaristía lo es como una presencia sacramental a través del pan y del vino consagrados; y el matrimonio como presencia viva de Dios a través de aquellos que, desde el amor, significan y lo hacen presente a través de todo lo que constituye la donación en totalidad de sus vidas.

Oración de los esposos

Señor, Padre santo, Dios omnipotente y eterno, te damos gracias y bendecimos tu santo nombre.

Tú has creado al hombre y a la mujer para que sean el uno para el otro ayuda y consuelo en el proyecto de sus vidas.

Acuérdate hoy y siempre de nosotros. Protégenos y fortalécenos a fin que nuestro amor sea una donación mutua sin reservas, un don gratuito a imagen de Cristo y de la Iglesia.

Ilumínanos y fortalécenos en la tarea de construcción de nuestra familia.

Que la actitud de diálogo nos ayude a superar nuestros egoísmos y las diferencias que nos puedan separar; nuestro hogar un lugar de comunión de vida, de alegría, de paz y de amor, y que nuestro testimonio de fe, nos mueva a ser auténticos cristianos y constructores de una mejor y nueva sociedad.

Concédenos vivir juntos una larga vida, y que nuestros corazones se eleven siempre hacia ti, mediante Jesucristo tu hijo, por la fuerza del Espíritu Santo a alabanza de tu gloria.

Amén.

Índice

Presentación	3
La vocación al amor	
La grandeza del amor	
La metas del amor	
Especificidad del matrimonio	
El vacío interior u la obertura a la fe	
La fe en Jesucristo	
El sacramento del matrimonio	
La riqueza del sacramento	
Sacramento de los signos	
El matrimonio signo y manifestación de la Alianza	
El matrimonio, signo y sacramento de la Iglesia	
Sacramento del cuerpo	
Matrimonio y Eucaristía	
Oración de los esposos	

